

PARALELISMO DOCTRINAL ENTRE SAN JUAN DE ÁVILA Y EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

FRANCISCO GALLEGO LUPIÁÑEZ

En este trabajo se pretende mostrar la concordancia, en diversos puntos de doctrina espiritual, entre dos sacerdotes diocesanos españoles separados por cuatro siglos: San Juan de Ávila (1500-1569) y el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975). Ambos vivieron en épocas en que tuvieron lugar concilios ecuménicos y reformas eclesiales; pero lo que aquí nos interesa es, esencialmente, el paralelismo existente en las enseñanzas de sus escritos espirituales.

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer tuvo como «carisma eclesial específico la vigorosa proclamación de la radicalidad de la vocación bautismal en cuanto vocación a la santidad» [9], y San Juan de Ávila, sin hacer en sus escritos afirmaciones expresas sobre la llamada universal a la santidad, impulsa a ella a personas con cualquier vocación eclesial: obispos, sacerdotes, religiosos, monjas y seglares.

En los escritos de uno y otro (concretamente en las homilías) se observa similitud de estilo, en el sentido de que el mismo autor plantea y contesta posibles objeciones que le podrían hacer sus oyentes: «Padre, me diréis... pero yo os respondo...» Esto puede ser, simplemente, técnica homilética aprendida de alguna fuente común (por ejemplo, San Agustín).

Pero, lo extraordinariamente llamativo, es la idéntica utilización, en uno y otro autor, de expresiones típicas: «la fuer-

za del amor», «meterse en las llagas de Cristo», «niñez espiritual», «¡ahora comienzo!», «¡qué poco es una vida para reparar!», etc., lo cual parece sugerir una influencia de San Juan de Ávila en el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

En sus libros, el Beato Josemaría Escrivá no cita a San Juan de Ávila, y en ninguna de las biografías del Beato Josemaría Escrivá se mencionan cuáles eran sus lecturas espirituales, ni un posible inventario de los libros religiosos que, a su muerte, estuvieran en su poder. Por tanto, se me podría argumentar que no hay pruebas fehacientes de este posible influjo. Ahora bien, la influencia ha podido ser indirecta, a través de frases oídas a lo largo de su vida en la predicación de otros sacerdotes. La concordancia exacta de frases en los numerosos textos que voy a aportar, me parece que no puede ser algo debido simplemente al azar.

El hecho de señalar estas similitudes doctrinales me parece muy interesante en lo que respecta a los dos autores. San Juan de Ávila, al ser patrono de los sacerdotes diocesanos españoles, parece que ha quedado relegado al ser considerado un autor propio casi exclusivamente para sacerdotes, lo cual parece comprobarse en el hecho de que sus «Obras completas», agotadas hace años, no se reediten (como si no tuvieran posibles lectores). San Juan de Ávila dedicó su tratado «Audi filia» a una seglar, y la inmensa mayoría de sus cartas no están destinadas a sacerdotes, sino a laicos (monjas, señoras, caballeros, doncellas y mancebos). Por otra parte, sus sermones, evidentemente, fueron predicados en iglesias, por tanto sus destinatarios eran laicados.

En el caso del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, habitualmente se le presenta como fundador del Opus Dei. Esto, me parece que le perjudica como autor espiritual. Habrá católicos que no lean sus escritos, o no se los apliquen en su propia vida, porque los consideren destinados exclusivamente a los fieles de esa institución.

Por lo anterior, me parece que, al Beato Josemaría Escrivá

le proporciona universalidad respecto a cualesquiera católicos, el hecho de que sus escritos, en diversos puntos, coincidan con enseñanzas de un sacerdote que escribió para cristianos con cualquier vocación eclesial. A San Juan de Ávila, el que algunas de sus ideas hayan sido repetidas por un sacerdote del siglo XX que promovió la santificación de los seglares, le proporciona vigencia para los clérigos y laicos de la época actual.

Dividiré el trabajo en varias secciones, agrupando citas según los diversos lugares paralelos.

1. LA FUERZA DEL AMOR

En San Juan de Ávila, esta expresión se toma en dos sentidos algo diferentes.

Por una parte, se usa para manifestar que el amor de Dios a los hombres nos «fuerza» a corresponder también con amor:

«¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y tan bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de Tu amor ha despedazado infinitos diamantes; Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones; Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor.» (San Juan de Ávila: «Tratado del amor de Dios para con los hombres», n. 6).

«Mas este amor tan cruel, ¡qué piadoso será después a quien le abajó su cuello para recibir su martirio! No puede uno sentir las fuerzas del amor con que aquí atormenta, ni las con que después consuela.» (San Juan de Ávila: «Epistolario espiritual» carta 23 de la ed. Apostolado de la Prensa, 1941).

Por otra parte, se utiliza la idea de que el amor de Cristo a los hombres le proporcionó la fortaleza para soportar el sufrimiento de la Pasión:

«Y pues tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacratísima Anima, no es mucho que

salga la llama de fuera y que abrase y queme las vestiduras, que son su sacratísimo Cuerpo, lleno de tales tormentos, que dan testimonio del amor interior. Porque escrito está «¿Quién puede tener el fuego en el seno, que no se le quemen las vestiduras?» Y cuando de fuera le viéredes que le atan las manos con crueles cordeltes, entended que está preso de dentro con lazos de amor, tanto más fuertes que los de fuera, cuanto exceden cadenas de hierro a hilos de estopa. Este amor, éste fue el que le enflaqueció, venció y prendió y le trajo de juez en juez, y de tormento de azotes a tormento de crueles espinas y le puso la cruz encima y lo llevó al monte Calvario, donde Él fue puesto encima de ella y tendió sus brazos para ser crucificado, en señal que tenía su Corazón abierto con amor.» (San Juan de Ávila: «Audi filia» cap. 78).

El capítulo 79 del «Audi filia» está todo él dedicado a este tema, se titula: *«Del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres por Dios; del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció y que fue mucho más lo que padeció en lo interior.»* Y, a lo largo de su Epistolario espiritual, en ocasiones se reiteran estas ideas. Con razón, San Juan de Ávila es considerado un jalón imprescindible en la historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús [1] [3] [11].

El Beato Josemaría Escrivá, en cambio, utiliza el término sólo en el sentido de que los actos de la virtud de la fortaleza, en el caso de Jesucristo y de la Santísima Virgen, estaban siempre imperados por el amor y de la misma forma debe ocurrir con los nuestros:

«Con la fuerza del amor» es el título de una homilía pronunciada el 6-IV-1967 y que está incluida en el libro «Amigos de Dios».

El último párrafo de dicha homilía incluye esta expresión:

«En la Virgen, el amor a Dios se confunde también con la solicitud por todos sus hijos. Debió de sufrir

mucho su corazón dulcísimo, atento hasta los menores detalles —«no tienen vino»— al presenciar aquella crueldad colectiva, aquel ensañamiento que fue, de parte de los verdugos, la Pasión y Muerte de Jesús. Pero María no habla. Como su Hijo, ama, calla y perdona. Esa es la fuerza del amor.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Amigos de Dios», n. 237).

En su «Vía Crucis» la expresión se refiere a nosotros:

«De la mano de María tú y yo queremos también consolar a Jesús, aceptando siempre y en todo la Voluntad de su Padre, de nuestro Padre. Sólo así gustaremos de la dulzura de la cruz de Cristo y la abrazaremos con la fuerza del amor llevándola en triunfo por todos los caminos de la tierra.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Vía Crucis», IV estación).

2. EL GOZO DE LA CRUZ

En el párrafo citado ahora mismo se alude al tema del gozo en la cruz. Este término «gozo en la cruz» (o «alegría en la cruz») es utilizado por ambos autores en el sentido de aceptación de la adversidad con alegría, no por la contrariedad misma, sino al ver en ella la voluntad de Dios en algún momento concreto de nuestra vida:

«El Señor, llevó su cruz, «poniendo delante el gozo» que de nuestro bien Él habría de sacar mediante su pasión; y nosotros debemos llevar la nuestra, poniendo delante el contentamiento de su voluntad y la hermosura de la librea de estar vestido al traje de Él. Y porque creo que el mismo Dios ha enseñado a vuestra merced esta doctrina del «gozo en la cruz», sin la cual ninguno se debe gloriarse de ser cristiano, no alargo en ello más, sino que vaya a la bendición del Señor.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 206 de la ed. Apostolado de la Prensa, 1941)

«¿No es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales? Es verdaderamente suave y amable la Cruz de Jesús. Ahí no cuentan las penas; sólo la alegría de saberse corredentores con Él.» (B. Josemaría Escrivá de Balaguer: «Vía Crucis», II estación).

«Así nos identificaremos con Cristo en la Cruz, no molestos o inquietos o con mala gracia, sino alegres; porque esa alegría, en el olvido de sí mismo, es la mejor prueba de amor.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Es Cristo que pasa», n. 19).

«El camino de nuestra santificación personal pasa, cotidianamente, por la Cruz; no es desgraciado ese camino porque Cristo mismo nos ayuda y con Él no cabe la tristeza «In laetitia nulla dies sine cruce!», me gusta repetir, con el alma traspasada de alegría ningún día sin Cruz.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Es Cristo que pasa», n. 176).

«Purificada la intención, ocupaos de todas las cosas por amor a Dios, abrazando con gozo la cruz de cada día.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Amigos de Dios», n. 132).

«Piensa que Dios te quiere contento y que si tú pones de tu parte lo que puedes, serás feliz, muy feliz, felicísimo, aunque en ningún momento te falte la Cruz. Pero esa Cruz ya no es un patíbulo, sino el trono desde el que reina Cristo.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Amigos de Dios», n. 141).

«Me has preguntado si tengo cruz. Y te he respondido que sí, que nosotros siempre tenemos Cruz. Pero una Cruz gloriosa, sello divino, garantía de la autenticidad de ser hijos de Dios. Por eso, siempre caminamos felices con la Cruz.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Surco», n. 70).

«No me gusta oír a las almas que aman al Señor hablar tanto de cruces y de renunciaciones: porque cuando hay amor, el sacrificio es gustoso —aunque cueste— y la cruz es la Santa Cruz. El alma que sabe amar y entregarse así, se colma de alegría y de paz. Entonces, ¿por qué insistir en «sacrificio» como buscando consuelo, si

la Cruz de Cristo —que es tu vida— te hace feliz?» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Surco», n. 249).

«El auténtico amor trae consigo la alegría: una alegría que tiene sus raíces en forma de Cruz.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Forja», n. 28).

«Tener la Cruz es tener la alegría: ¡es tenerte a Ti, Señor! (B. J. Escrivá de Balaguer: «Forja», n. 766).

«Si unimos nuestras pequeñeces —las insignificantes y las grandes contradicciones— a los grandes sufrimientos del Señor, víctima —¡la única Víctima es Él!— aumentará su valor, se harán un tesoro y, entonces, tomaremos a gusto, con garbo la Cruz de Cristo. —Y no habrá así pena que no se venza con rapidez; y no habrá nada ni nadie que nos quite la paz y la alegría.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Forja», n. 785).

3. NO ELEGIBILIDAD, POR PARTE NUESTRA, DE LOS SUFRIMIENTOS

La aceptación de la cruz del Señor en nuestra vida, es una necesidad debido al hecho de que debemos identificarnos con Cristo. Por tanto, lógicamente, este es un tema típico de todos los autores ascéticos. Lo original en San Juan de Ávila y el Beato Josemaría Escrivá es el destacar (con frases diversas) que no está en nuestras manos escoger la cruz:

«Señora: ya sabe que no ha de costar poco el cielo; ya sabe que unos de una manera, y otros de otra, no se ha de salvar nadie sin cruz. Y que no está en manos del hombre escogerla, sino que ha de tomar la que el Señor da. Porque si el hombre la escogiese, ni le sería provechosa, ni se probaría la obediencia de la voluntad que a Dios se debe, sujetándonos a Él en lo que queremos y no queremos. Muy mejor sabe Él lo que nos envía, que nosotros lo sabemos pedir.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 97 de la ed. Apostolado de la Prensa, 1941).

«No nos oculta el Señor que esa obediencia rendida a la voluntad de Dios exige renuncia y entrega, porque

el Amor no pide derechos: quiere servir. Él ha recorrido primero el camino. Jesús ¿cómo obedeciste Tú? «Usque ad mortem, mortem autem crucis» hasta la muerte y muerte de cruz. Hay que salir de uno mismo, complicarse la vida, perderla por amor de Dios y de las almas. «He aquí que tú querías vivir y no querías que nada te sucediera, pero Dios quiso otra cosa. Existen dos voluntades: tu voluntad debe ser corregida, para identificarse con la voluntad de Dios y no la de Dios torcida, para acomodarse a la tuya.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Es Cristo que pasa», n. 19).

4. METERSE EN LAS LLAGAS DE CRISTO

En ambos autores se concreta la meditación de la Pasión de Cristo, en la consideración atenta de sus llagas, aconsejada con la expresión (en ambos) de «meterse en las llagas de Cristo»:

«Así como las flores suelen ser medios para dar la salud, así Jesucristo molido en la cruz y puesto en devota consideración sobre nuestras llagas, cuanto quier que sean peligrosas, son sanas por Él. Lo cual experimentaba San Agustín y decía: «cuando algún feo pensamiento me combate, voyme a las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo; en aquellas duermo seguro y descanso sin miedo». Lo mismo dice y experimentó San Bernardo y experimentan todos aquellos que, viéndose acosados de sus pasiones como la cierva lo es de los perros, van con piadoso corazón a beber de aquellas fuentes sagradas del Salvador, penosas para Él y causadoras de gozo y refresco para nosotros.» (S. Juan de Ávila: «Audi filia», cap. 77).

«Cerrad vuestros ojos a todo aquello que os causa

desmayo y arrojaos en las llagas de Aquel que por vuestro bien las recibió y hallaréis descanso.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 41, ed. Apostolado de la Prensa, 1941).

«Meteos en las llagas de Cristo, que allí dice Él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza le busca.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 47, ed. arriba citada).

«Métete en las llagas de Cristo crucificado. Allí aprenderás a guardar tus sentidos, tendrás vida interior y ofrecerás al Padre de continuo los dolores del Señor y los de María, para pagar por tus deudas y por todas las deudas de los hombres.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Camino», n. 288).

«Te «metiste» en la llaga santísima de la mano derecha de tu Señor y me preguntaste: «Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, ¿qué no harán las cinco abiertas en el madero?» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Camino», n. 555).

5. ¡QUÉ POCO ES UNA VIDA PARA REPARAR!

En el contexto de lo visto anteriormente, sobre el amor de Cristo hacia nosotros, manifestado en su Pasión y Muerte, y correlativamente nuestro deber de corresponder ese amor y reparar por los pecados, el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer incluye la frase:

«¡Qué poco es una vida para reparar!» («Vía Crucis», VIII estación).

Esta frase parece una síntesis del siguiente párrafo:

«Y aunque demos la vida por Cristo, aún es poco: debemos desear tener muchas, para darlas todas por Él, pues una sola que Él por nós dió, vale más que todas las de los hombres y ángeles. Por tanto, señora, pues nuestra vida es poca, esforcémonos a dársela a nuestro Señor.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 132, ed. Apostolado de la Prensa, 1941).

6. «¡AHORA COMIENZO!»

Los dos autores usan esta expresión (tomada de Salm. 76, 11) para resumir la ilusión que debe mover al alma en la lucha ascética:

«Y pues el paradero es tan bueno, súfrase el golpe de vara que da Asuero y cóbrele esperanza del mismo golpe teniéndose por amada para que «la misma vara le sea consuelo», como decía David. Y diga: «Ahora comienzo» y abro los ojos.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 29, ed. Apostolado de la Prensa, 1941).

«Hemos de pasar adelante, aunque sea por puertos muy agrios y agujeros muy estrechos que nos hagan sudar; y saliendo de una guerra, entrar en otra y decir cada día: «Ahora comienzo». Porque esta santa porfía es la que vence al demonio y agrada al Señor.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 97, ed. citada arriba).

«Nunc coepi!» —¡ahora comienzo!— es el grito del alma enamorada que, en cada instante, tanto si ha sido fiel como si le ha faltado generosidad, renueva su deseo de servir —¡de amar!— con lealtad enteriza a nuestro Dios.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Surco», n. 161).

«Dí despacio, con ánimo sincero, «nunc coepi» —¡ahora comienzo!— No te desanimes si, desgraciadamente, no ves en tí la mudanza, efecto de la diestra del Señor...: desde la bajeza tuya, puedes gritar: ¡ayúdame, Jesús mío, porque quiero cumplir tu Voluntad... tu amabilísima Voluntad!.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Forja», n. 398).

7. NIÑEZ ESPIRITUAL

Quizá puede extrañar que esta sección aparezca encabezada con el término «niñez espiritual» y no «infancia espiritual». Pero, en el siglo XVI, San Juan de Ávila utilizó la palabra

«niñez» para referirse a este espíritu de abandono y confianza en Dios, como los niños pequeños en sus padres. El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer usó también el término «niñez espiritual» en su libro «Camino», como veremos enseguida.

Como es sabido, esta actitud de considerarnos niños pequeños respecto a Dios, tiene su fundamento en el Evangelio:

«Se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: ¿Quién será el mayor en el reino de los cielos? Entonces llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: en verdad os digo, si no os volvéis y hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Quien se haga pequeño como este niño, ese tal es el mayor en el reino de los cielos.» (Mt. 18, 1-4).

Las palabras «si no os volvéis como los niños» imponen el deber de esforzarse en adquirir de nuevo las cualidades de la edad infantil, trasladadas al plano espiritual. Sería ridículo pensar en la posibilidad de reproducir en la vida adulta comportamientos infantiloides; pero resulta muy lógico descubrir en las palabras divinas una advertencia, dirigida a las personas de cualquier edad, para que vuelvan a la práctica de aquellas virtudes (inocencia, confianza en Dios, sencillez, humildad, fidelidad a lo pequeño...) que reproducen en la vida espiritual, lo que es a nivel natural la infancia. [2] [6]

Esta espiritualidad ha recibido en España, desde finales del siglo XIX, el nombre de «infancia espiritual» debido a que «enfance spirituelle» es el término con que se designa en el original francés del libro «Historia de un alma», compuesto a partir de los «Manuscritos autobiográficos» de Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897); alma que, habiendo penetrado a fondo esta doctrina, la llevó a la práctica en su vida cotidiana y la propagó por todo el mundo a través de sus escritos.

No obstante, en el curso de los siglos, otras almas vivieron estas enseñanzas evangélicas. En particular, en el siglo XVI, San Juan de Ávila. Voy a transcribir, casi en su totali-

dad, una carta en la que el santo expone esta doctrina a una persona a quien trata de «vuestra señoría»:

«No sé qué se hace vuestra señoría, por qué no pasa de sí «a Belén a ver este Verbo de Dios hecho Niño», pues ve cuán propio está para ella, que siempre, desde que de Él es, le ha sido niña ella a Él y Él padre y ayo, que de la mano la ha traído y por ella ha hablado y ha obrado lo que ella ni sabía, ni podía, ni quería. Mire bien en el pesebre y verse ha a sí misma y verle ha hecho ella para ganar a ella; para que pues ella es tan sin saber fuerza y virtud como niña, sea del todo niña en la malicia y en todo mal; ¿Por qué será grande en la malicia y niña en la bondad, habiendo de ser, como dice San Pablo, «niños en la malicia y grandes en el sentir»? ¿No ve cuán arrimado está un niño a «su padre», cuán asegurado de él, cuán colgado de él, cuán esforzado con él? Que su único refugio en todo lo que le viene «su padre» es, con corazón y con boca; y ni por pensamiento le pasan malicias de desconfianzas con «su padre», ni otra cosa más de «mi padre». Bastarnos debería, señora, esta palabra: «mi padre», si nosotros fuésemos niños e hijos. No más que «mi padre», señora, no más, no más: todo lo otro es mi enemigo, mi perdición, mi flaqueza, mi engaño. No haya «yo» en arrimo, no «yo» en amor, no «yo» en nada, sino «mi padre» en todo y en mí. Y entonces entenderá V.S. cuánta parte de sí ha sido ella y cuánto ha tomado para sí y quitado a Dios. Y cuanto le ha quitado, tanto ha perdido; porque no hay salud ni bienandanza sino en Dios. Cuanto ha tomado de sí ha perdido de Dios; y por eso restitúyale lo que le ha tomado y restituírsele ha Dios. Sea niña pequeña, para que le diga su Señor: «Nuestra hermana es pequeña, ¿qué le haremos para el día que le han de hablar?». Toma Dios a su cargo a los pequeños para los guardar «en el día que los habla Él, o de parte de Él. Y si flaquezas hay en estos tiempos es por no ser el hombre niño y tener tan gran ceguedad, que siendo pequeño, se tenga por grande y por algo. Flaqueza es ser flaco, más insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vues-

tra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida a su bienhechor, y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar a Dios su honra, y de levantar ídolo contra Él; mas en verdadera niñez se dé a Él. Y lo que no fuese niñez, séale verdadero demonio, ayudándose de la niñez de Jesús y ayudándola Él con su gracia. Y no haya miedo a trabajos, que es vergüenza con tal Padre.» (S. Juan de Ávila: «Epistolario espiritual», carta 134, ed. Apostolado de la Prensa, 1941).

El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, en numerosísimos lugares de sus escritos, alude a este espíritu de infancia espiritual. Como lo que aquí estoy reflejando es su paralelismo con San Juan de Ávila, recojo la cita en que habla de «niñez espiritual», que es el término usado por el Santo:

«Camino de infancia —Abandono— Niñez espiritual. Todo esto no es una bobería, sino una fuerte y sólida vida cotidiana.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Camino», n. 853).

En otros lugares, el Beato Escrivá se expresa en los mismos términos que hemos visto arriba en San Juan de Ávila:

«Mi oración, ante cualquier circunstancia, ha sido la misma con tonos diferentes. Le he dicho: Señor, Tú me has puesto aquí; Tú me has confiado eso o aquello y yo confío en Tí. Sé que eres mi Padre y he visto siempre que los pequeños están absolutamente seguros de sus padres.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Amigos de Dios», n. 143).

8. EL HOMBRE, CREADO PARA TRABAJAR

Uno de los puntos centrales de la espiritualidad del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, es la búsqueda de la santificación personal utilizando como medio el trabajo profesional

(«santificación del trabajo»). En San Juan de Ávila no se encuentra esto. El nexo de unión, en esta cuestión entre ambos autores, es el hecho de presentar el trabajo como algo presente en los designios de Dios respecto al hombre, aun antes del pecado original, no como un castigo por éste. Veamos dos lugares casi paralelos:

«Por lo cual os debéis acordar que cuando el Señor en el principio del mundo crió a nuestros dos primeros padres, Adán y Eva, poniéndoles en un huerto (que eso quiere decir Paraíso en otra lengua), proveyóles de manjar que comiesen y de ejercicio que obrasen. Porque el buen padre ha de mantener a sus hijos y en ninguna manera consentir que vivan ociosos ni mal ocupados; porque ningún tiempo ni obra se puede llamar ocioso con mayor razón, que aquellos en que el hombre se emplea en mal trabajar, pues es peor lo dañoso que lo ocioso. Proveyóles, pues, Dios de ejercicio de cortesanos, más para su recreación y evitar la ociosidad, que para darles trabajo.» (S. Juan de Ávila: «Caída de Adán y Eva», n. 2).

«Desde el comienzo de su creación, el hombre —no me lo invento yo— ha tenido que trabajar. Basta abrir la Sagrada Biblia por las primeras páginas y allí se lee que —antes de que entrara el pecado en la humanidad y, como consecuencia de esa ofensa, la muerte y las penalidades y miserias— Dios formó a Adán con el barro de la tierra y creó para él y para su descendencia este mundo tan hermoso, «ut operaretur et custodiret illum», con el fin de que lo trabajara y lo custodiase. Hemos de convencernos, por tanto, de que el trabajo es una estupenda realidad, que se nos impone como una ley inexorable a la que todos, de una manera o de otra, estamos sometidos, aunque algunos pretendan eximirse. Aprendedlo bien: esta obligación no ha surgido como una secuela del pecado original, ni se reduce a un hallazgo de los tiempos modernos. Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí, en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simul-

táneamente recojamos «frutos para la vida eterna»: «el hombre nace para trabajar, como las aves para volar».» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Amigos de Dios», n. 57).

9. METERSE EN EL EVANGELIO

La meditación de los pasajes del Evangelio ha sido siempre aconsejada por los autores ascéticos. Parecería que, en principio, esto nos obligaría a reconstruir con la imaginación los lugares donde se desarrolló la vida de Cristo en la tierra, pero tanto San Juan de Ávila, como el Beato Josemaría Escrivá recomiendan situarse en los hechos como si estuvieran acaeciendo aquí. Veamos esto en pasajes «casi» paralelos de ambos autores:

«No habéis de ir con el pensamiento a contemplar al Señor a Jerusalem, donde ésto acaeció, porque ésto daña mucho a la cabeza y seca la devoción; mas haced cuenta que lo tenéis allí presente y poned los ojos de vuestra ánima a los pies de Él, o en el suelo cercano a Él y con toda reverencia mirad lo que entonces pasaba como si a ello presente estuviérais y escuchad lo que el Señor habla con toda atención.» (S. Juan de Ávila: «Audi filia», cap. 74).

«Porque no se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Es Cristo que pasa», n. 107).

Esta idea de ser «actores» en las escenas del Evangelio está repetida en diversos pasajes de los escritos del Beato Josemaría Escrivá:

«La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración. Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino...» (B. J.

Escrivá: «Santo Rosario», La Anunciación).

«Acompaña con gozo a José y a Santa María... y escucharás tradiciones de la casa de David; oirás hablar de Isabel y de Zacarías; te enternecerás ante el amor purísimo de José.» (B. J. Escrivá: «Santo Rosario», Visitación de Nuestra Señora).

«Soy un esclavito de José. —¡Qué bueno es José!— Me trata como un padre a su hijo. —¡Hasta me perdona si cojo en brazos al Niño y me quedo, horas y horas, diciéndola cosas dulces y encendidas!... ¡Y le beso —bésale tú— y le bailo y le canto y le llamo Rey, Amor, mi Dios, mi Único, mi Todo!» (B. J. Escrivá: «Santo Rosario», Nacimiento de Jesús).

«Llora María —Por demás hemos corrido tú y yo de grupo en grupo, de caravana en caravana; no le han visto—. José, tras hacer inútiles esfuerzos por no llorar, llora también... Y tú... Y yo. Yo, como un criadito basto, lloro a moco tendido y clamo al cielo y a la tierra... por cuando le perdí por mi culpa y no clamé.» (B. J. Escrivá: «Santo Rosario», El Niño perdido).

«Mezcláos con frecuencia entre los personajes del Nuevo Testamento.» (B. J. Escrivá: «Amigos de Dios», n. 216).

«Para acercarse al Señor a través de las páginas del Santo Evangelio, recomiendo siempre que os esforcéis por meteos de tal modo en la escena, que participéis como un personaje más.» (B. J. Escrivá: «Amigos de Dios», n. 222).

«Yo te aconsejo que en tu corazón intervengas en los pasajes del Evangelio, como un personaje más. Primero te imaginas la escena o el misterio, que te servirá para recogerte y meditar. Después aplicas el entendimiento para considerar aquel rasgo de la vida del Maestro: su corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Amigos de Dios», n. 253).

10. CONSAGRACIÓN Y ENCARNACIÓN. SACERDOTES Y SANTÍSIMA VIRGEN

Tanto San Juan de Ávila como el Beato Josemaría Escrivá, señalan la semejanza existente entre la Consagración eucarística y la Encarnación del Hijo de Dios, ambas «dan» Cristo a los hombres:

«Mas los que de tu presencia no gozamos en aquellos tiempos, porque aún no éramos nacidos, te alabamos y de corazón te agradecemos que «por nosotros hombres y por nuestra salud descendiste del cielo» no una vez, como entonces en el vientre de la Virgen, mas innumerables veces en el vientre de la Hostia consagrada. (...) Y de esta manera, cuando decimos acá que a la voz del sacerdote se abren los cielos y desciende el Señor a la tierra, no queremos decir que desciende corporalmente por esos cielos y aires abajo, mas porque, así como tomó el cuerpo en el vientre de la Virgen, formándolo de nuevo de su purísima sangre, así el cuerpo que ya tiene en el cielo está debajo de la Hostia y es el mismo que está a la diestra del Padre. Y así hay semejanza entre la santa Encarnación y este sacro Misterio, que allí se abaja Dios a ser hombre y aquí Dios humanado se baja a estar entre nosotros los hombres; allí en el vientre, aquí debajo de la Hostia; allí en los brazos de la Virgen, aquí en las manos del sacerdote.» (S. Juan de Ávila: «El Pan celestial», n. 5).

«Si eres devoto de la Encarnación aquí, en el Sacramento, hallarás esa contemplación aunque no del todo semejante, pero muy aparente. (...) Y como allá, antes de nacido, estaba en el vientre de la Virgen María, así acá ahora está debajo de los accidentes y encubierto debajo de ellos. (...) Como estaba Dios y hombre dentro del vientre de la Virgen, así acá en el Sacramento. Así como estuvo antes escondido en las entrañas de la Virgen, así lo está ahora debajo de los accidentes del pan. Toma, pues, esta contemplación y ve comparando la Encarnación con el Sacramento y dí: Señor, allá os

bajasteis a vientre en el cual estuvisteis escondido; acá, Señor, os bajáis a estar debajo de esos accidentes.» (S. Juan de Ávila: «La Eucaristía, retablo de las maravillas de Dios», n. 3).

«La bendita Virgen María dió al Verbo de Dios el ser hombre, engendrándole de su purísima sangre, siendo hecha verdadera y natural Madre de Él; y en esto, ninguno le fue igual, ni es ni será. Mas tiene semejanza con esto el ser sacramental que el sacerdote da a Dios humanado por una tan alta manera que primero no lo tenía. Y por esto no se llama al sacerdote padre ni madre del Hijo de Dios, mas ministro de un nuevo ser de que antes el Señor carecía. Mas esta ventaja lleva al sacerdote a la Virgen sagrada: que ella una vez sola le dió ser humano y él cada día y cuantas veces quisiere haciendo lo que debe para bien, consagrar.» (S. Juan de Ávila: «Tratado sobre el sacerdocio», n. 2).

La idea de este último párrafo está textualmente en el Beato J. Escrivá:

«Nuestra Madre, Santa María, la más santa de las criaturas —más que Ella sólo Dios— trajo una vez al mundo a Jesús; los sacerdotes lo traen a nuestra tierra, a nuestro cuerpo y a nuestra alma todos los días.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «Sacerdote para la eternidad»).

«Para mí, la primera devoción mariana —me gusta verlo así— es la Santa Misa (...) Cada día, al bajar Cristo a la manos del sacerdote, se renueva su presencia real entre nosotros con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad: el mismo Cuerpo y la misma Sangre que tomó de las entrañas de María.» (B. J. Escrivá de Balaguer: «La Virgen del Pilar»).

A la vista de todo lo anterior, sólo cabe desear que el hallazgo de este paralelismo entre ambos autores espirituales favorezca a ambos, proporcionando mayor difusión a sus escritos entre los cristianos actuales de cualquier vocación eclesial.

BIBLIOGRAFÍA

a) SAN JUAN DE ÁVILA:

- *Obras espirituales del Padre Maestro Beato Juan de Ávila*. Apostolado de la Prensa. Madrid, 1941. 2ª ed., (2 vol.)
- *Obras espirituales del Padre Maestro Beato Juan de Ávila*. (Selección). Apostolado de la Prensa. Madrid, 1951.
- *Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila*. BAC. Madrid, 1970-1971. (6 vol.)

b) BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER:

- *Camino*. Ed. Rialp. Madrid, 1965. 25.ª ed.
- *Santo Rosario*. Ed. Rialp. Madrid, 1979. 23.ª ed.
- *Vía Crucis*. Ed. Rialp. Madrid, 1983. 6.ª ed.
- *Es Cristo que pasa*. Ed. Rialp. Madrid, 1980. 17.ª ed.
- *Amigos de Dios*. Ed. Rialp. Madrid, 1980. 6.ª ed.
- *Surco*. Ed. Rialp. Madrid, 1986. 3.ª ed.
- *Forja*. Ed. Rialp. Madrid, 1987. 4.ª ed.
- *Sacerdote para la eternidad. Madre de Dios, Madre nuestra*. Mundo cristiano. Madrid, 1973. 2.ª ed.

c) OTRAS REFERENCIAS:

- [1] ALDAMA, J. A., «El Beato Juan de Ávila, precursor de Sta. Margarita María»: *Maestro Ávila*, 1, (1946), 255-268.
- [2] BENEDICTO XV, «Discurso en el acto de declarar venerable a Sor Teresita del Niño Jesús». (14 de agosto de 1921).
- [3] ESQUERDA, J. L., «El Beato Juan de Ávila, jalón imprescindible en la historia de la devoción al Corazón de Jesús»: *Surge*, 20, (1962), 227-233.
- [4] JUAN PABLO II: «Homilía durante la beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer». (17 de mayo de 1992).
- [5] PABLO VI, «Homilía durante la canonización del Beato Juan de Ávila». (mayo de 1970).

[6] Pío XI, «Homilía durante la canonización de la Beata Teresita del Niño Jesús». (17 de mayo de 1925).

[7] ROYO MARÍN, A., *Jesucristo y la vida cristiana*. BAC. Madrid, 1961.

[8] ROYO MARÍN, A., *Teología moral para seglares*. Vol I. BAC. Madrid, 1973, 4ª ed.

[9] SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, «Decreto por el que se reconoce un milagro atribuido al Venerable Siervo de Dios, Josemaría Escrivá de Balaguer». (6 de julio de 1991).

[10] SALCEDO, P.: «Salto de cuatro siglos para un santo posconciliar: Juan de Ávila, hombre abierto, apasionado, sereno». *Los domingos de ABC* (5 de julio de 1970), 22-23.

[11] URRUTIA, J. L., *Espiritualidad del Corazón de Jesús, hoy*. Secr. Reina del Cielo. Madrid, 1986.

[12] Josemaría Escrivá de Balaguer. *Fundador del Opus Dei. Hoja informativa*. N^{os} 1-20. Vicepostulación del Opus Dei en España. Madrid, 1976-97.